nas reformas inmediatas, de tinte exclusivamente radical, perfectamente conciliables con la estabilidad indefinida del régimen capitalista. El movimiento es susceptible de adaptarse mucho al ambiente, moderar su espíritu de rebeldía, nacionalizarse excesivamente, transigir con prejuicios, respetar intereses creados, abandonar el credo pacifista. Todos estos son peligros en los cuales podría escollar un movimiento, exclusivamente político. Claro está que el Partido, en la República Argentina, como entidad colectiva, no ha caído en ellos. Otro tanto sucederá en el porvenir si firmemente así se lo proponen todos los socialistas, trabajando por ahondar la conciencia histórica del proletariado, moviéndolo a que se instruya, que estudie, que se organice en sindicatos fuertes, que se constituya en cooperativas libres. Por humilde que sea, todo esfuerzo que a ello vaya enderezado, debe mirarse con simpatía. La montaña no es un bloque único, sino una superposición de moléculas invisibles. En la modesta esfera de sus alcances, la "Revista Socialista", sin gestos heroicos, sin planes transcendentales, desea, con sencillez y con amor, contribuir a labor tan útil y fecunda y espera que le acompañe en esta tarea la simpatía y la colaboración espontánea de quienes compartan los mismos ideales. Abrirá sus páginas, igualmente, a los que quieran discutir la doctrina o un detalle de ella, con altura o impersonalmente, garantizándoles la emisión del pensamiento sin mutilaciones de ninguna especie. Hombres jóvenes, que han cifrado sus más caras esperanzas en el perfeccionamiento del propio huerto interior y en el de la sociedad, en general, auspician esta publicación. Poseídos de la proteiforme inquietud espiritual contemporánea, han polarizado mucho de sus fuerzas alrededor del problema social, poderoso, como ninguno, en sugestiones mentales y éticas. En su solución, por el colectivismo, entrevén el pasaje del reinado de la coerción al reinado de la sociedad emancipada, dueña y artífice consciente de los propios destinos. En esta última, solamente, la inteligencia, libre de opresiones, desplegará su vuelo prodigioso y el sentimiento ostentará la gama de sus más ricos y delicados matices, desconocidos por nosotros, en esta sociedad cruel en la cual el fuerte despedaza inexorablemente al débil.

Difundamos nuestro ideal. Y tengamos en cuenta que más fácilmente se socializan los corazones que las inteligencias. Socialismo de corazón es medio socialismo. Plasmemos, hasta donde nos sea posible, mentalidades socialistas. Invulnerables a los flechazos del odio y de la envidia y a los dardos de la calumnia, será nuestra divisa, la que Marx tomó del egregio poeta florentino:

Segui il tuo corso
e lascia dir le genti.

REVISTA SOCIALISTA.

El Socialismo y la Guerra

"Socialismo y guerra" son expresiones de dos conceptos que se repelen, desde que, a poco de introducirse en el caletre de cualquier hombre medianamente capacitado, provocan una oposición intensa entre las ideas creadoras de ambos términos: ideas que ante el juicio de la razón se rechazan con irreducible tenacidad. De ahí que el socialismo y la guerra, del mismo modo que la virtud y el vicio, que la verdad y el error, denotan una serie de fenómenos encontrados en abierta y franca disensión.

Si una aspiración de justicia, de igualdad, de progreso y de fraternidad, hizo brotar del pensamiento de Pedro Leroux el vocablo "socialismo", sancionado poco tiempo después, con los estudios de Marx y Engels, como denominación de un verdadero sistema económico reivindicador de los derechos del trabajo, no es posible admitir que el socialismo, invocador de la justicia, apologista del trabajo y vocero de la fraternidad entre todos los hombres, pueda avenirse con la guerra, la más alta expresión de la barbarie, del odio y de la destrucción.

No es dable ni siquiera la tolerancia, aún dando cabida a los subterfugios y embrollos más tentadores, porque desde el momento en que la política de un país cualquiera es hostil a la tranquilidad de otro, inicia en ambos el encono, que presto degenera en ataques de toda naturaleza, cuyas consecuencias las sufre el pueblo humilde y trabajador. El socialismo, pués, como paladín de esa parte laboriosa y útil de la sociedad, debe oponerse tenazmente a toda actitud que encierre la posibilidad de provocar una acción bélica, muchísimo más si se tiene en cuenta que los principios que fundamentan su doctrina son incompatibles con el estado social impuesto por la guerra.

Ser socialista, o lo que es lo mismo, perseguir la institución justa de una distribución equitativa del trabajo y su producto, de modo que cada cual pueda desarrollar provechosamente sus actividades dentro de una colectividad exenta de explotadores y explotados, es afirmar que el trabajo generador de lo útil resulta el objeto primordial de la vida; que la labor realizada debe obtener el producto racional de su esfuerzo, y, como consecuencia forzosa y legítima, que la sociedad necesita organizarse de tal modo que la equitativa repartición de la actividad y sus beneficios no sea una ficción. Agréguese, además, que para que esta transformación sea factible hay que aceptar la unión de todos los trabajadores del mundo, es decir, dar por descontado su carácter internacional. Otro socialismo, adornado con desviaciones de independencia, con ribetes patrióticos, con cortapisas religiosas o con vestimentas galoneadas, podrá denominarse socialismo *liberal, nacional, cristiano* o *imperialista*, pero nunca socialismo *internacional*, porque fuera de ser egoista, local, místico o bélico, tendrá el defecto irreparable que posee toda dirección partidista ajena al concepto histórico de la lucha de clases.

El derecho logrado por la fuerza física fué medio indispensable y eficaz entre las tribus primitivas, y aún entre los reinos de las primeras edades históricas, para adquirir los elementos necesarios a la vida. El proceder violento y arbitrario de la lucha material proporcionaba el alimento y la mujer, como cosas imprescindibles obtenidas por el atropello brutal del más fuerte. El hombre de entonces no solicitaba, se apoderaba de aquello que su instinto vital le exigía; el hambre y el placer sensual le imponían la violencia, y generalmente mataba para vivir.

Más tarde, en imperios y reinos ya organizados, y hasta colocados en los umbrales de la civilización greco-romana, como los asirios, y luego los persas, la conquista por las armas se explica frente a la necesidad de nuevos mercados para la colocación de productos, aparte del estímulo que causaba el despojo y las gabelas o tributos que debía satisfacer el vencido. Hoy los mercados no se obtienen por las armas, sino por la bondad de los productos. La guerra, pués, aunque sanguinaria y cruel como la entendieron los asirios, o inteligente y práctica como la orientaron los romanos, resultaba una fatalidad económica de que dependía el progreso y la existencia misma de los pueblos. Aún a través de la Edad Media, la guerra tuvo la misión de llevar a espaldas de la extorsión, del pillaje y de la muerte, los progresos de la civilización. Así lo demuestran los árabes al introducir en Europa la brújula, el papel de trapos y la pólvora, por ellos trasmitidos desde la China hasta las márgenes del Mediterráneo, derramando a la vez su arte, original y pintoresco, conjuntamente con una refinada cultura, muy superior a la que poseía el Occidente. La Alhambra de Granada, la Mezquita de Córdoba, la Giralda de Sevilla, son productos inequívocos de la civilización árabe trasplantada en España. Esta circulación y extensión de la ciencia, del arte, de la industria y del comercio, hubieran sido imposibles en aquellos tiempos a no mediar el incentivo de la conquista, que, con las puntas de las lanzas y el filo de las espadas, sirvió de vehículo al progreso.

Pero pronto la guerra se hace completamente inútil; deja de ser un mal necesario o civilizador, para convertirse en un crimen brutal, explotado por un círculo reducido de mercaderes y privilegiados (1), que ostentan a expensas de la vida de muchos millones de hombres, ya el lujo que les brinda el oro, ya la prepotencia que recogen como arbitros de una situación. Entre tanto, el obrero del cerebro y del músculo, el verdadero productor de lo que es útil al género humano, es el llamado a verter su sangre en defensa de la propiedad, de la familia y del bienestar de aquellos que todavía pretenden sostener un orden de cosas que se derrumba. La razón se subleva ante la persistencia de tal injusticia, que permite al hombre de vida fácil y cómoda escudarse con la existencia del trabajador.

La Revolución francesa, que modificó el orden social, arrancando de raíz los prejuicios infamantes y las corporaciones mancipadoras del trabajo, dió gran impulso al progreso industrial; afirmó y amparó la libertad de contratar; aseguró y garantizó la inviolabilidad de la propiedad, y, como premisa de la cual se desprenden lógicamente los derechos y obligaciones que desde entonces imperan, sentó el dogma político de la igualdad de los hombres ante la ley. Igualdad ilusoria mientras no salga del código para introducirse en la vida real de los hechos. Su impresión en letras de molde nada significa, porque adolece de aquel defecto que Anacarsis atribuía a las leyes, cuando aseguraba a Solón que las veía semejantes a las telas de araña, ya que el poderoso y el rico las destruían y solo el débil se enredaba en ellas (2).

Esta contradicción entre la ley escrita y lo que acontece en la realidad es una consecuencia necesaria de la desigualdad económica. Los re-

(1) Sus tipos más perfilados y característicos los tenemos en la casta militar prusiana y en el banquero y el accionista inglés.

(2) Vidas paralelas de Plutarco.